LA GLOBALIZACIÓN: EFECTOS EN EL ESTADO Y EL SISTEMA INTERNACIONAL

Yetzy U. Villarroel P.

Resumen

Este artículo recoge un importante número de definiciones y posturas de diversos autores acerca de la globalización, en cuanto a su significado y origen se refiere; con el fin de contribuir a una mejor comprensión de un fenómeno que entraña una reorganización de los modos de vida. Así mismo, intenta describir los efectos tanto económicos como socio-políticos que se generan tanto dentro como fuera de los Estados, aproximándonos a los retos, límites y oportunidades que los mismos deben afrontar.

Palabras claves: Globalización, Estado nación, nacionalismo, desarrollo, subdesarrollo.

GLOBALIZATION: EFFECTS IN THE STATE AND INTERNATIONAL SYSTEM

Abstract:

This article collect an important number of definitions and positions of diverse authors have brought above globalization concept, as it refers to meaning and origin in particular; in order to contribute with a best understanding about a global phenomenon that contains a reorganization of the manners of life. Likewise, it tries to describe both economic and socio-political effects that are generated as much as inside and outside of States, approaching the challenges, limits and opportunities that globalization process must confront.

Keywords: Globalization, State Nation, Nationalism, Development, Underdevelopment.

1. Introducción

La globalización es un fenómeno multidimensional que generalmente se vincula a la expansión financiera, transnacional y de las telecomunicaciones. Sus efectos sobre el Estado han generado una fuerte discusión sobre la redefinición de su papel, su vigencia o colapso en el tiempo.

Es en este sentido, esta investigación hace énfasis en la acción avasalladora de la globalización donde el Estado se resiente y lucha por mantenerse con vida. En muchos Estados, irrumpen las expresiones nacionalistas como una opción para recuperar su poder organizador inicial.

2. Conceptualización

Presentar una definición de la globalización es una tarea difícil debido a la multiplicidad de aspectos que la misma encierra, así como por la cercanía del proceso que hace casi imposible comprender claramente lo que se está enfrentando. Esto ha impedido que quienes se han ocupado de estudiar este proceso puedan ponerse de acuerdo acerca de qué es exactamente la globalización. Sin embargo, los intentos han sido tan abundantes que tratar de nombrar a todos los teóricos que han aportado luces al concepto obligaría a realizar una investigación exclusivamente para ello.

Muchas veces términos como aldea global, internacionalización, transnacionalización, mundialización son utilizados indistintamente para

referirse a un único fenómeno, la globalización. Sin embargo, estos términos sólo dan cuenta de parcelas del mismo proceso. Por otra parte, se produce un gran debate en torno a si es un proceso, un paradigma o una especie de fusión de ambas cosas (Bernal, 1993).

Entre los teóricos precursores en el estudio del tema destacan Marshall MacLuhan, analista de las comunicaciones quien acuñó el término aldea global durante los años 60, y al canciller alemán Brandt quien habló de un solo mundo al referirse a la rapidez de las comunicaciones. Estos autores fueron los primeros en entender la vorágine que le venía al mundo encima (Brünner, 1999).

Ianni (1973) en su libro *Teorías de la globalización* retoma la noción de aldea global de MacLuhan, para explicar los cambios mundiales a los que ya no se pueden interpretar en términos de las relaciones entre Estados, en sus diversas facetas ya sean de "interdependencia, dependencia, colonialismo, imperialismo, bilateralismo, multilateralismo" sino que ante el arribo de las transnacionales el planeta quedaba convertido en una " 'aldea global', 'fábrica global', 'tierra patria', 'nave espacial' [o] 'nueva Babel' " donde el espacio se transforma y el individuo pasa a segundo plano frente a la tecnología, el espacio se reduce y las fronteras de la estructura mundial se diluyen.

Giddens (1993), por su parte, habla de la mundialización, en la que se produce una ruptura del espacio real como consecuencia del avance tecnológico donde lo local y lo mundial se funden, se interconectan y confunden. Habermas (2000), en cambio afirma que "Las tendencias que hoy suscitan la atención general bajo la rúbrica multiuso de 'globalización' están transformando una constelación histórico caracterizada por el hecho de que Estado, sociedad y economía son, por así decirlo, coextensivas dentro de los mismos límites nacionales."

Por otro lado, autores como García (1999) parten de la premisa que presenta la globalización como

una realidad novedosa que se impone engullendo las otras realidades, subyugando todos los campos en los que se desenvuelve la vida humana, de manera que toda actividad de la cotidianidad está sometida a la fuerza de la globalización. Wallerstein (2002) niega la novedad de la globalización, a la que observa como un elemento ideológico que mitifica las relaciones humanas bajo la dominación de los centros hegemónicos de poder.

Para autores como Cervantes y Gil (2001), entre otros, esta noción implica una connotación espacial, y se manifiesta, en dos direcciones diferentes: el de alcance (extensión) y el de intensidad (profundidad).

Mientras que Raghavan dice al respecto que hablar de globalización es pura retórica cuando en realidad el término más adecuado es el de transnacionalización de la economía mundial; destaca también las diversas connotaciones que el término encierra.

En la esfera de los cambios económicos mundiales, o del nuevo orden económico, "globalización" adquiere una gran variedad de usos: el surgimiento de una nueva y asimétrica división internacional de la mano de obra junto con una mayor dispersión de la actividad económica, dirigida por la planificación estratégica de grandes corporaciones, que han sustituido la planificación gubernamental o estatal en varios países. También parece utilizarse para definir la actual situación mundial, es decir, el desgaste de la dominación de Estados Unidos sobre la economía mundial de posguerra, debido a la creciente competencia de Europa Occidental y Japón, y al surgimiento de ámbitos regionales de influencias

Así mismo, el término se emplea para describir la propagación mundial del capitalismo en el contexto del colapso de las economías de planificación central y dominación del sistema capitalista en la mayor parte del mundo (...) también es sinónimo de liberalización. (Raghavan, 1997:29-30)

Beck (1998), por su parte

afirma que viene a ser un conjunto de procesos en la que los Estados soberanos se entremezclan con actores transnacionales. Para De La Vega (2001: 125) la globalización es "un rasgo que caracteriza nuestra época, marca el inicio de una nueva era, un cambio paradigmático jamás visto en la historia de la humanidad".

Finalmente, el Fondo Monetario Internacional (2000) sostiene que la globalización es "un proceso histórico", consecuencia lógica del desarrollo del sistema capitalista y la innovación científica-tecnológica que permitió que las economías nacionales se integraran a través del comercio y las transnacionales financieras. En esa misma línea de ideas, Stiglitz (2002: 34) afirma que es fundamentalmente "la integración más estrecha de los países y los pueblos del mundo, producida por la enorme reducción de los costes de transporte y comunicación, y el desmantelamiento de las barreras artificiales a los flujos de bienes, servicios, capitales, conocimientos y (en menor grado) personas a través de las fronteras."

Paralelamente a estas explicaciones que enfatizan el hecho económico como detonante de los cambios inscritos en el proceso de globalización, se inició otro debate, el que se refiere a la vinculación de ésta con la postmodernidad. De acuerdo con este planteamiento, mientras la globalización da cuenta de la propagación de la lógica del mercado dentro de una economía postindustrial y de las comunicaciones en todos los ámbitos de la vida del planeta, la postmodernidad nos habla del modelo cultural propio de esa realidad globalizada.

Esta vinculación entre postmodernidad y globalización es lo que permite presumir que estamos en presencia de un cambio de paradigma, de "una nueva estructura de la conciencia del hombre" (Brünner, 1999: 13), en tanto que deja en obsolescencia teorías, categorías de análisis, modelos explicativos y metodológicos, en fin se agotan las reglas que regían el modo de percibir la realidad,

convirtiéndolas en creencias anticuadas que no permiten explicar los cambios que estamos viviendo.

Esto indica que se transita por un interesante momento en que se han transformado las relaciones del hombre con su entorno que abarca desde las relaciones internacionales en sus distintas facetas económica, política, social, cultural, hasta las relaciones interpersonales, es decir, que se asiste a un cambio trascendental o como diría Marcuse se está ante “una mutación cultural” (De La Vega, 2000: 127).

Respecto a estas afirmaciones, es oportuno señalar algunas ideas expuestas por Córdova (1999: 35), quien compara los cambios que se producen en la humanidad después de 1492, época de metamorfosis de todos los parámetros de comportamiento, con la actualidad. Al respecto señala:

La impresionante similitud entre lo que hoy está sucediendo con la secuencia de lo que se inició en 1492 (...) Era un mundo en el cual (...) la duda se imponía como el principio de liberación del pensamiento. Una a una se derrumban las autoridades. Los viajes cambian todos los días los mapas. La astronomía de ayer ya no servía. Nadie podía aferrarse a los principios tenidos hasta la víspera por vía incommovibles. Todo habría que someterlo a la continua revisión (...).

De la misma forma, en la actualidad los acelerados y continuos avances científicos y tecnológicos permiten cuestionar nuestro sistema de vida, las creencias y la manera de percibir el mundo. En esta dinámica global de cambios la industria de las comunicaciones funge como “vehículo de la globalización y fuente inagotable del posmodernismo (...) [constituyéndose en] la gran fábrica de signos” (Brünner, 1999:14). A través de ella circulan por todo el planeta las nuevas visiones, nuevos lenguajes que definen la realidad.

El cambio de paradigma, desde el punto de vista filosófico, podría incluso significar una representación del nihilismo anunciado por Nietzsche en su célebre frase “Dios ha muerto” como una forma de dar

cuenta de la crisis profunda de los valores occidentales.

La industria cultural, representada por la información, el entretenimiento y telecomunicaciones, diseña la visión de mundo y la lleva a las sociedades en forma de símbolos, es el principal sector de la economía postindustrial, lo que alimenta por su parte la tesis de la globalización como paradigma ideológico.

Así como ha sido difícil ponerse de acuerdo acerca de una definición de la globalización, de la misma manera ha ocurrido con la ubicación histórica de los inicios del fenómeno, lo que ha generado una polarización entre quienes consideran que se está ante la presencia de un proceso novedoso y quienes, contrariamente, estiman que no existe ninguna novedad sino que éste no es más que una intensificación del capitalismo.

Algunos autores, como Wallerstein (2002), sostienen que hubo globalización desde el siglo XIX, por su parte, Tilly señala la existencia histórica de cuatro oleadas de globalización durante el último milenio, las cuales se ubican en los siglos XII, XVI, XIX y finales del XX. Mientras que Hirst y Thompson sostienen que, “si los teóricos de la globalización quieren decir que tenemos una economía en la que todas las partes del mundo están vinculadas por mercados que comparten información prácticamente en tiempo real, entonces eso comenzó no en la década de 1970 sino en la de 1870” (Arrigni y Silver, 2001: 16)

Para Bernal (1993: 20), su origen se ubica en “la configuración del primer orden mundial estructurado por el mercantilismo del mundo europeo a comienzos del siglo XVI”. Como se puede observar, las divergencias son notables en cuanto a la fecha en que la globalización se inició. Sin embargo, todos convergen en que su detonante es el factor económico en expansión y no otro. Para estos autores la globalización es un mito y decir que es novedoso se convierte en una gran falsedad.

Quienes se inscriben en la tesis de la novedad de la globalización,

generalmente ubican su inicio entre los años 60 y 70. Entre ellos, se encuentra a Tomassini (1995: 148) quien lo sitúa en la segunda mitad de la década del 60 “con los inicios de la distensión, la transnacionalización de la producción, y las rebeliones culturales- más que políticas –que surgen al mismo tiempo en Europa, Estados Unidos y América Latina.” Para el politólogo alemán Hirsch (1999: 8) “el concepto de globalización marca, en cierto sentido, el fin del breve siglo XX, que comenzó con la Revolución Rusa y finalizó en 1989.” Nweihed (1999: 21) dice, por su parte, que “el fenómeno o proceso de globalización, (...) surge o cobra auge en la década de los noventa, sobre todo después de la desaparición de la bipolaridad, la disolución de la antigua Unión Soviética y el triunfo del modelo liberal y democrático (...)”.

Sería interminable la lista de autores a citar, que sostienen posiciones en uno u otro sentido que han aportado luces a la comprensión de un fenómeno tan complejo, el cual, como ya se dijo, envuelve todas las realidades de la cotidianidad, sin llegar jamás a unificar criterios en torno a su origen. No obstante, Bernal (1993) pareciera aplicar una medida salomónica, la cual subscribimos, cuando reconoce la antigüedad del fenómeno pero señala elementos que lo hacen aparecer como novedoso, es decir, la intensificación de los flujos de información en un tiempo y espacio distinto a los que se acostumbra a medir y que precisamente se evidencia en los años 70 con la formación de los mercados financieros.

Es precisamente, esa intensificación de los flujos de información, tiempo, espacio, mercancías y personas la que nos está anunciando la llegada de una nueva época donde los seres humanos tienen ante sí el gran reto de asumir el control de sus vidas y sociedades, de forma tal que “el Estado, el mercado, organizaciones y agrupaciones supranacionales vuelvan a ser instrumento para

reforzar la identidad, la dignidad y la solidaridad”, como apunta Ugalde (1998: 102), y no para subyugar ni ejercer dominio sobre los hombres.

3. Dinámica y efectos de la globalización.

La globalización, a través de las distintas definiciones antes presentadas, es un proceso que designa al conjunto de transformaciones o cambios de carácter multifacético observados en el ámbito mundial. Actúa en diversas dimensiones, en la esfera social, política, económica y cultural, como una fuerza superior a la voluntad de los actores individuales o colectivos.

Su actual impacto es el resultado de la combinación de los cambios ocurridos luego de la Segunda Guerra Mundial como los avances técnicos y científicos, la división internacional del trabajo, la transnacionalización del capital, la revolución tecnológica, las innovaciones en las telecomunicaciones e informática, en fin de la revolución del conocimiento. Así mismo, responde también a la reestructuración del esquema fordista, al repunte de las políticas de apertura y el final de la Guerra Fría.

Todo esto trae como consecuencia una mayor internacionalización, una nueva división internacional del trabajo, una nueva configuración temporal y espacial que redefine las relaciones y vínculos entre Estados y de los Estados con los demás actores internacionales.

Aunque la globalización no sólo abarca el ámbito económico, éste ha sido su detonante y sus efectos están vinculados a él, propagándose posteriormente a otras esferas de acción que son impactadas directamente por los desequilibrios de la dinámica económica. En un mundo diseñado, en la práctica, bajo el parámetro de la desigualdad entre países, la globalización adquiere diversos significados para unos y para otros. Así como presenta facetas negativas también

trae consigo beneficios invaluable. Por esta razón dice Ugalde (1998: 102) que los efectos “que provoca no son unilineales, sino que tienden a mover a las sociedades en direcciones que aparentemente parecieran paradójicas y a veces (...) contradictorias”. Entre esas características que hacen de la globalización una paradoja, señala Ugalde, el ser inclusiva y excluyente, universalizadora y provocadora de nacionalismos, moderna y desmodernizadora, uniformadora y diversificadora, democratizadora y autocratizante, objetivadora y subjetivista. La apertura del comercio internacional permitió acelerar el crecimiento de muchos países que de otra manera no hubiera sido posible. Sin embargo, ese crecimiento se desacelera cuando choca contra la realidad de un mundo donde los Estados son desiguales entre sí. A los países más pobres el sistema les impone, mediante acuerdos internacionales, abrir sus mercados y permitir la entrada de la gran variedad de productos procedentes de otras latitudes, lo que sería muy bueno si sus empresas pudieran competir en igualdad de condiciones, pero al no ser así, sus industrias son absorbidas y los beneficios de la apertura favorecen a las empresas foráneas. Para los países desarrollados la apertura no implica lo mismo, ellos exigen que se abran los mercados a sus productos pero colocan trabas en sus mercados, protegiendo sus economías el mayor tiempo posible y dificultando la competencia.

La penetración de industrias extranjeras en las economías subdesarrolladas puede fomentar el quiebre de las industrias nacionales, pero a su vez permite que en estos países se tenga contacto con nuevas tecnologías y maneras de gerenciar. Los préstamos internacionales, por su parte, se convirtieron en una bendición cuando estas economías no tenían manera de financiar sus proyectos, pero cuando los resultados no han sido los esperados y llega el momento de pagar la deuda se convierten en una gran

pesadilla para estos.

La globalización ha permitido reducir el aislamiento entre Estados, que sus sociedades puedan conectarse, ampliar sus conocimientos, mediante el avance de las comunicaciones, entre los que destaca como uno de los más propagados el Internet.

Para unos la globalización es sinónimo de progreso, pero para otros, como los países del Tercer Mundo, no lo es tanto, pues sufren el impacto más fuertemente viendo como la brecha que separa a los países entre pobres y ricos se ensancha cada vez más, en vista de que “no ha cumplido con sus promesas de beneficio económico” (Stiglitz, 2002: 29). Para este autor, los órganos que gobiernan la globalización, es decir, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio no han logrado con sus recetas reducir la pobreza, no han dado respuestas efectivas a África, ni a Asia, ni a Rusia, mucho menos a América Latina (Stiglitz, 2002). La economía de mercado no ha producido la prosperidad anunciada.

Stiglitz (2002: 33) afirma que “(...) Occidente (...) marcó la agenda de la globalización, y se aseguró de acaparar una cuota desproporcionada de los beneficios a expensas del mundo subdesarrollado”. No sólo se benefició de los resultados de la Ronda Uruguay que permitió la liberalización de los mercados, sino que los bancos occidentales salieron ganando con los súbitos declives de las divisas en América y Asia, así como de sus sistemas bancarios debilitados y colapsados.

Con las normas sobre propiedad intelectual, la industria farmacéutica occidental cerró la puerta a los laboratorios de los países más débiles para utilizar sus fórmulas y elaborar medicamentos a más bajos costos. Como colorario “miles de personas resultaron de hecho condenadas a muerte, (...) Si los beneficios de la globalización han resultado en demasiadas ocasiones

inferiores a lo que sus defensores reivindican, el precio pagado ha sido superior, porque el medio ambiente fue destruido, los procesos políticos corrompidos y el veloz ritmo de los cambios no dejó a los países un tiempo suficiente para la adaptación cultural” (Ibid: 32-33). Los resultados han sido tan dramáticos que se comenzó a hablar de una latinoamericanización de Europa Oriental y de una africanización de América Latina. (Córdova, 1999: 64)

La globalización en su aspecto económico representó la profundización de las contradicciones del sistema capitalista de producción, según las cuales, las asimetrías entre países débiles y fuertes son cada vez mayores. Esto ha producido como desenlace final conflictos sociales y étnicos, migraciones masivas, aumento de la pobreza, sistemas políticos inestables, democracias debilitadas, Estados permeados por las fuerzas transnacionales del mercado y los flujos de información que se ven imposibilitados para regular los intercambios económicos y culturales. A su vez, los países desarrollados, a pesar de ser los mayores beneficiarios del proceso de globalización, también se han visto envueltos en la vorágine que la misma entraña y se han convertido en centros receptores de migraciones desbordadas de quienes huyen de la pobreza, la guerra y la destrucción. Esto ha hecho resurgir en muchos países los sentimientos xenófobos dormidos creando situaciones que ponen en entredicho el resguardo y respeto de los principios fundamentales de los Derechos Humanos, como lo son el respeto a la vida y a la diferencia.

Las migraciones se han convertido en un problema fundamental en la actualidad, especialmente para los países más sólidos económicamente o más desarrollados, lo que ha generado desde los años 80 un gran debate en foros internacionales, ante la necesidad de crear un marco jurídico internacional que regule

la situación en concordancia con los Derechos Humanos. Por ello, con la iniciativa de la UNESCO, la Organización Internacional del Trabajo, la Organización Internacional de Migración, junto con alrededor de diez ONG's, se realizó la Convención Internacional sobre la Protección de los Derechos Humanos de los Trabajadores Migrantes, con el fin de luchar contra la explotación y violación de los Derechos Humanos de los trabajadores migrantes legales o no. Córdova (1999) se refiere a la manera como los países del norte han sido invadidos por oleadas migratorias desde el Sur y el Este; hace alusión a la forma como esto es tomado por los nacionales de dichos países, quienes consideran a los migrantes como personas que van a usufructuar de beneficios que sólo les corresponden a ellos como población nacional, además de introducir perturbaciones a sus sociedades.

Los principales flujos migratorios se producen desde África Meridional a Sudáfrica y por África Septentrional se dirigen a Europa, de América Latina y el Caribe a Estados Unidos y Europa y de Europa Oriental y la ex URSS a Europa Occidental y América del Norte. Porque como apunta Habermas (Ob. Cit) “Ciertamente, las masas de las regiones más pobres de este mundo no disponen de sanciones efectivas contra el Norte, no pueden hacer huelga, pero sí pueden “amenazar” con olas migratorias”.

Por estas razones cuando se habla de globalización es frecuente encontrar discursos donde se declaran como su característica fundamental el producir una inclusión de mayores espacios geográficos del mundo con la paralela exclusión de un mayor número de seres. Sobre todo, cuando el avance tecnológico exige una mano de obra cada vez más calificada y especializada.

Sin duda alguna la globalización ha aportado a la humanidad incomparables beneficios, entre los

que podemos señalar: ha cambiado la manera de pensar de las poblaciones mundiales; ahora se aprecian más que antes valores como los derechos humanos, la democracia y la idea de sociedad civil. Existe mayor nivel de información y conocimiento con lo que se han beneficiado incluso los mismos movimientos antiglobalización. Ahora es más difícil que las poblaciones mundiales permanezcan indiferentes ante las decisiones de los gobiernos por muy distantes que éstos estén.

Ahora, nos interesa señalar los impactos políticos de la globalización, entre los que sobresale el nacionalismo como una reacción frente a los impactos que la globalización, tomando como base la crisis del Estado nación, tanto en el interior de sus fronteras como en el exterior.

La globalización ha significado para el Estado una cierta pérdida de soberanía ante las fuerzas transnacionales del mercado y las propuestas neoliberales, debido a la imposibilidad e incapacidad para regular los intercambios económicos y culturales, así como los flujos de información y conocimiento que las nuevas tecnologías ponen al servicio de la humanidad. Por tal razón, como bien apunta Tomassini (p1991: 165), si se modifica el contexto donde se desarrolla la política igualmente deben transformarse las bases tradicionales del quehacer político.

Siendo la globalización un proceso que entre sus múltiples efectos ha revelado la necesidad creciente del ejercicio político dentro de un marco democrático, requiere de un esfuerzo por parte de los Estados de profundizar las prácticas democráticas, más allá de la teoría clásica de la democracia representativa que no se ajusta a la realidad actual, hacia la consolidación de una plena participación que sobrepase los límites del formalismo y se sustente en la justicia social. (De La Vega, 2001:130)

Para los países de América Latina, en el orden interno, el asunto

adquiere mayor relevancia porque al no haber logrado alcanzar la modernización, tampoco lograron consolidar el sistema democrático a plenitud. En su lugar sólo alcanzaron a iniciar un proceso de democratización cuyo mayor éxito fue ampliar las bases del sistema electoral y crear un marco constitucional para sustentarla, también se lograron pequeños éxitos en la distribución de algunos bienes socio-económicos, pero en términos generales fracasaron en los intentos por lograr un desarrollo económico, acabar con la exclusión y la desigualdad, no llegando a cubrir las expectativas de la sociedad en general.

En un mundo donde las sociedades están cada vez más informadas, más interconectadas, donde el conocimiento es la base fundamental del quehacer político, surge la necesidad de ciudadanos cada vez más críticos, más responsables de velar por el desempeño de los funcionarios que eligen y con mayor visión sobre los asuntos públicos. Las ideas de participación y representación requieren ser ajustadas a las nuevas exigencias. La globalización pone en jaque a las principales instituciones políticas, empezando por el Estado, los partidos políticos y los poderes públicos. De la misma forma provoca crisis de legitimidad, crisis de valores y crisis de las ideologías, lo que genera a la vez una crisis de gobernabilidad.

4. Reflexiones Finales:

En síntesis, se puede señalar que en un sistema internacional caracterizado por la globalización, los países de América Latina se ven sacudidos en sus estructuras, existe una necesidad "de intensificar la participación de las comunidades y las gentes en las decisiones y en la vida política sin que haya surgido una institucionalidad adecuada para ello" (Ibid.: 165), sino, contrariamente, las instituciones no han podido adaptarse a los cambios mundiales, no han podido responder a las demandas de mejoras en

su funcionamiento, eficiencia y equidad en su desempeño, con lo que se fractura su credibilidad.

Los partidos políticos han entrado en crisis, junto con el Estado y los poderes públicos, que ante la falta de ideas novedosas, proyectos viables y atractivos que permitan dejar atrás la corrupción de los sistemas políticos y motoricen la economía, no han sabido redefinirse. Ante la creciente ola de información, que dinamiza la globalización, y la extensión de la educación las poblaciones de América Latina han podido hacerse más conscientes de sus derechos y de sus carencias; lo que entre otras cosas ha desatado las protestas populares, en gran parte de la región, contra la mala administración, la corrupción y la falta de cumplimiento de las promesas. Esto demuestra que se están dando los primeros pasos hacia la dirección correcta pero que el cambio es bastante lento, lo que en un mundo caracterizado por la rapidez es inexcusable.

Hacia afuera de sus fronteras los Estados latinoamericanos deben crear una estrategia de integración, más acertada que las que hasta ahora han emprendido, con verdadera voluntad política que les permita blindarse y contener los efectos de la globalización de manera eficaz para incorporarse a un sistema internacional caracterizado por la incertidumbre, la competencia económica voraz dentro de un "paradigma socio-tecnológico" con una creciente necesidad de respeto a la naturaleza y a la diversidad cultural.

Saliendo un poco del caso latinoamericano para enfocarse más bien en el sistema internacional, se puede destacar que los efectos de la globalización sobre el Estado son directamente proporcionales a su grado de desarrollo, económico, político y social, y a la posición que ocupe dentro de la escala jerárquica internacional, pues a pesar de que la Carta de las Naciones Unidas establece "la igualdad soberana de todos sus miembros", en la praxis nunca ha sido así. De tal forma, que no siendo los Estados iguales,

las transformaciones que en ellos produce la globalización tampoco lo son, pues ocurren de manera asimétrica, produciendo efectos divergentes en los distintos Estados. Frente al discurso de la pérdida de poder del Estado y la desaparición del comunismo, comenzó el debate en torno a la configuración de un nuevo orden mundial, según el cual se democratizarán las relaciones entre países basándose en la multipolaridad donde Naciones Unidas jugaría un papel importante. Sin embargo, a raíz de los acontecimientos del 11 de septiembre y la asunción del poder del partido republicano en los Estados Unidos, tomó mayor vigor la idea de un mundo unipolar dirigido por los Estados Unidos como policía mundial, pero que dadas las implicaciones económicas y políticas que esto acarrea para su economía y su prestigio internacional no podrá mantenerse. 0,5 cm.

Por ello se hace cada vez más indispensable revisar las funciones de los organismos internacionales como garantes de la paz y mediadores ante los conflictos internos y externos de los Estados. Especialmente cuando la guerra ya no representa una respuesta para dirimir conflictos, en la medida que el potencial bélico nuclear de nuestro tiempo pone en peligro la existencia del planeta entero.

En torno a la evidente crisis del Estado nacional se han producido dos vertientes de pensamiento; por un lado los que plantean la inminente desaparición del Estado nacional como Omahe y Bauman plantean la tesis de los Estados débiles, según la cual, después de la desaparición del orden bipolar los Estados pierden importancia y se hunden entre el desequilibrio y el fraccionamiento.

De forma tal que para recuperar su posición de sujeto fundamental de derecho internacional recurre a desenterrar antiguos conflictos como los nacionalismos (Mires, 2000: 35). Igualmente, Duclos y Kurz vislumbran la situación como un quiebre de la civilización moderna bajo el influjo de las nuevas

relaciones económicas. Mientras que Henser si bien admite el debilitamiento del Estado, también reconoce que el sistema capitalista requiere del Estado para sostenerse. (Ibid)

Por otro lado, están quienes postulan la necesidad de buscar alternativas que reordenen los procesos políticos. Entre ellos se encuentran Jürgen Habermas (2000, p. 159) quien plantea que hay que aprovechar las posibilidades de competencia internacional en el marco de la globalización respetando los equilibrios democráticos.

De acuerdo con lo antes señalado, somos de la opinión de que si bien el Estado nación se encuentra en crisis, debido a que la globalización lo ha debilitado, esto no es indicativo de su desaparición, sino que al contrario nos señala la necesidad de una redefinición, tal vez un desplazamiento hacia otras esferas de acción como la supranacional, regional o transnacional. Frente a toda esta situación cada Estado nacional intentará de manera instintiva, debido a que no existe una fórmula, de buscar una salida, para unos está en la formación de bloques de integración al estilo de la Unión Europea, para otros se encuentra en las ideologías nacionalistas, pero todas las soluciones girarán en torno a la idea de redefinir al Estado que bajo los parámetros actuales se convierte en una organización inoperante pero que mediante un nuevo diseño sea capaz de responder a las demandas de su sociedad.

Sabemos que el nacionalismo funciona como mecanismo para salvaguardar el Estado, que a su vez es la estructura garante de la supervivencia nacional, es decir, de la nación. El nacionalismo no va a desaparecer mientras exista la nación, y hará todo cuanto sea posible para evitar el colapso del Estado nacional. No obstante, como ya hemos dicho anteriormente, si el Estado llegara a declinar, la nación siempre puede recurrir al nacionalismo para crear otro, bien sea redefiniéndolo o creando otra estructura que al igual que el Estado actual cumpla con el propósito de

asegurar la existencia de la nación, pero con capacidad de hacer frente a los retos que la globalización le impone.

El nacionalismo le permite al Estado nacional fortalecer los ligamientos de las redes de cohesión que resquebrajó la globalización económica al ensanchar la brecha entre pobres y ricos, e interconectar culturas dando la sensación de la pérdida inevitable de la identidad nacional. El efecto que se produce en los Estados se asemeja al impacto que recibe un individuo que al mirarse al espejo no puede reconocer su imagen ¿La reacción quién la puede imaginar? Se sabe que intentará reencontrarse consigo mismo, de buscar su identidad más no sabemos de qué manera lo hará. Igualmente pasa con las naciones, si sienten que se están perdiendo recurren al nacionalismo, lo hacen reaccionando ante el miedo, la ansiedad y la incertidumbre que son los sentimientos que predominan en la actualidad.

Algunos países como los del mundo desarrollado, frente a la avalancha migratoria desde los lugares pobres más remotos, sienten miedo ante lo que han denominado como la tercermundialización de su sociedad, lo que ha hecho emerger movimientos de extrema derecha xenófobos que legitiman actos fuera del orden democrático y en contradicción con los Derechos Humanos, con el fin de preservar los intereses de su sociedad.

En los países del Tercer Mundo, empujados por la exclusión económica y social, la globalización permitió que en Estados multiétnicos el etnonacionalismo proliferara generando tragedias como la de los Balcanes, todo por buscar cada grupo su propio bienestar. Otro tanto lo representa el fundamentalismo islámico que se revela ante la imposición de una cultura extraña, la occidental, que le relega a la antigüedad, al pasado pero no le reconoce sus aportes a la humanidad. En América Latina, por su parte, la ola nacionalista también une su voz a la del resto de los países del Tercer Mundo, de la mano de movimientos

campesinos e indígenas en busca de relaciones más humanas, basadas en el respeto y la igualdad.

La globalización, a pesar de sus efectos negativos de exclusión y profundización de la pobreza ha despertado en los mismos excluidos la búsqueda de soluciones a sus problemas, algunas veces degenerando en fundamentalismos, pero esencialmente ha sido el motor para movilizar grupos sociales que anteriormente se encontraban pasivos ante sus realidades. Esto pareciera hacer resurgir movimientos retrógrados, pero lejos de esa discusión, lo importante es el hecho de que estos grupos se asuman a sí mismos como actores y luchen por su incorporación al sistema del cual se mantenían excluidos.

Respecto al nacionalismo se considera que en los actuales momentos uno de los conceptos claves que debe renovarse es precisamente el de nacionalismo para ajustarse a los nuevos tiempos. El nacionalismo es una fuerza y un sentimiento que se encuentra inmerso en todos los seres humanos, el gran reto estriba en que éste se expanda a escala mundial, es decir, que se haga cosmopolita, que la idea de identidad que suscriba sea de carácter mundial: todos somos ciudadanos del mundo, los lazos de solidaridad deben traspasar los límites creados por el propio hombre hacia una ampliación de la visión de ser ciudadano no de un Estado nacional, sino del mundo y como tal, interesarnos por lo que sucede en el planeta.

El nacionalismo no debe ya ser excluyente como hasta hace poco lo ha sido, sino incluyente, no debe ser intolerante hacia la diferencia, sino todo lo contrario tolerante hacia la rica diversidad planetaria, ya no debe mirar al pasado, sino al futuro. Su liderazgo no debe descansar sobre un líder mesiánico, sino sobre las sociedades civiles organizadas, no debe ser cerrado sino abierto, no puede sostenerse sobre una ideología mesiánica de una nación determinada, sino sobre una ideología democrática, sustentada en la libertad, igualdad y fraternidad, así como en principios éticos y morales. Ya no requiere de

la deificación de ningún héroe sino de principios universales como los derechos humanos.

Los íconos simbólicos de identificación deben enmarcarse en los logros que la humanidad en general ha alcanzado, ya no debe resistir a los cambios sino generarlos. Hace unos siglos atrás hubiera sido risible pensar en los avances con los que hoy cuenta la humanidad, sin embargo, la capacidad innovadora del hombre es infinita y mientras ésta exista todo es posible.

Referencias Bibliográficas

ARRIGNI, Giovanni y Beverly Silver. (2001).
Caos y orden en el sistema-mundo moderno. Trad. Juan Mari Madariaga, Madrid: Ediciones Akal.

BECK, Ulrich. (1998).
¿Qué es la globalización? Madrid: Paidós.

BERNAL MEZA, Raúl. (1993).
"La globalización: ¿un proceso o una ideología?", en *Integración Solidaria: América Latina en la era de la globalización*. Caracas: I.A.E.A.L. / U.S.B.

BOERSNER, Demetrio. (2004)
"Retorno del diálogo Norte-Sur", en *Tal Cual*, viernes 25 de junio

BRÜNNER, José Joaquín. (1999).
Globalización Cultura y Posmodernidad. Breviarios. 1ª reimpresión, Chile: Fondo de Cultura Económica.

CERVANTES MARTÍNEZ, R. y Gil Chamizo. F. (2001).
"Historia Universal de la globalización capitalista" en *Revista Cuba Siglo XXI*, nº IV, abril, disponible en: <http://www.geocities.com>

CÓRDOVA, Armando. (1999).
Globalización. Riesgos y oportunidades para Venezuela. Caracas: Academia Nacional de las Ciencias Económicas.

DE LA VEGA, Marta. (2001).
"Los retos del Estado nacional y la globalización", en *Tharsis*. Caracas, UCV, Año 5, nº 9, vol. 2, enero-junio.

FONDO MONETARIO INTERNACIONAL. (2000).
"La Globalización: ¿Amenaza u oportunidad?", abril, en <http://www.imf.org>

GIDDENS, Anthony. (1993).
Consecuencias de la Modernidad.

Versión Ana Lizón Ramón, Madrid: Editorial Alianza.

HABERMAS, Jürgen. (2000).
Más allá del Estado nacional. 2da reimpresión, Trad. Manuel Jiménez Redondo, México: Fondo de Cultura Económica.

IANNI, Octavio. (1973).
La formación del Estado populista en América Latina. México: Editorial Era.

MORALES GARCÍA, Fernando. (1999)
"Globalización, definiciones, ideologías y realidades" en *Revista Globalización*, septiembre 1999, disponible en: <http://www.reci.net/globalizacion/llaga/fg096.htm>.

(1998). *"Frontera entre Venezuela y Colombia: Integración, desarrollo socioeconómico y modernización en el contexto de la globalización"*, en *Mundo Nuevo*. Caracas, IAEAL/USB, Año XXI, Nº 3, julio-septiembre.

(2000). *"Globalización, modernización y democracia en América Latina"*, en *Politeia*. Caracas, Instituto de Estudios Políticos/UCV, Nº 25.

NWEIHED, Kaldone, (1999).
Globalización dos rostros de una misma máscara. Caracas: IAEAL/USB.

RAGHAVAN, Chakravarti. (1997).
"¿Qué es la globalización?", en *Revista Sur*, enero-febrero.

STIGLITZ, Joseph E. (2002).
El malestar en la globalización. Trad. Carlos Rodríguez Braun, Madrid: Editorial Taurus.

TOMASSINI, Luciano. (1995).
"El proceso de globalización. Sus impactos políticos" en *Integración Solidaria: América Latina en la era de la Globalización*. Caracas: I.A.E.A.L. / U.S.B.

UGALDE, Luis.(1998).
"Desafíos de la globalización", en *SIC*. Caracas, Centro Gumilla, año LXI, nº 603, abril.

NOTAS

1 El internet surge a principios de 1968 bajo la denominación de ARPANET (The Advanced Research Projects Agency Network) con fines militares por el Pentágono, en Kaldone Nweihed, Op. Cit., nota de pie de página nº 20, p. 66.

2 Esta Convención, que entró en vigencia el 1 de julio de 2003, fue ratificada por 22 países entre los cuales no figuran los principales países de inmigración, ni de Europa, ni de América del Norte quienes concentran el 60% de los trabajadores migratorios. Este hecho hace que la Convención se convierta sólo en un compendio de buenas intenciones pero

que carezca de mayor relevancia respecto a dar solución al problema que intenta regular, en <http://www.portalunesco.org/es/ev.php>

Yetzy U. Villarroel P.*

* Magister en Ciencia Política (USB).
Internacionalista (UCV). Aspirante al título de Dra. en Ciencia Política (USB).
Profesor tiempo integral Universidad Simón Bolívar, Departamento de Ciencias Sociales.
Email: yvillarroel@usb.ve

*Extracto del trabajo presentado por la autora para optar por el título de Magister en Ciencia Política

Fecha de recepción: junio de 2009
Fecha aprobación: septiembre 2009